

Bagdad, poniendo fin á aquella dinastía de los Abbasidas que duraba quinientos años hacía.

Aunque fuesen tan bárbaros como los Turcos, los Mogoles se distinguían de ellos por la aptitud que tenían para recibir cierto grado de cultura; y aunque no hubieran podido, como los Arabes, fundar una nueva civilización, supieron adoptar la de los vencidos. Dejó el Oriente de ser regido por dinastías árabes, pero su civilización siguió reinando; y acorralado por estos conquistadores, su poderío se concentró en Egipto y España.

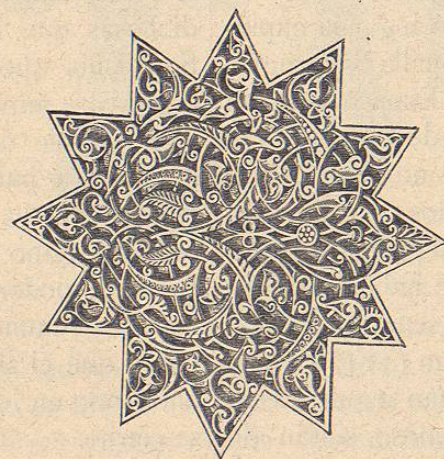
*Siglo octavo de la hégira.*—Lo llena la lucha de los Mogoles y de los Turcos, que se disputan las antiguas posesiones árabes de Oriente. Respecto á los Arabes, ha llegado ya la hora de su decadencia.

*Siglo noveno de la hégira.*—Presenció este siglo la completa caída del poder y de la civilización de los Arabes en España, donde reinaban desde ocho siglos atrás. En 1492 Fernando se apoderó de Granada, su última capital, y comenzó los degüellos y expulsiones en masa que sus sucesores prosiguieron. Matóse ó expulsóse luego á tres millones de Arabes, y aquella bri-

llante civilización suya que irradiaba desde hacía ocho siglos sobre Europa, se apagó para siempre.

El siglo noveno de la hégira señala el fin del imperio de los Arabes como poder político; y desde entonces no representaron un gran papel en Oriente sino por su lengua y religión. Los pueblos que habían vencido á los Arabes, como antiguamente los bárbaros vencieron á los Romanos, procuraron continuar su obra; de modo que en nombre del Corán la media luna reemplazó en Constantinopla á la cruz griega, é hizo temblar al orbe cristiano.

Pero si los Turcos eran guerreros hábiles, carecían de las cualidades que permiten á un pueblo subir hasta la civilización; y lejos de hacer progresar la obra de sus vencidos, ni siquiera pudieron aprovechar la herencia que les había sido legada. «La yerba no vuelve á brotar en el campo que el Turco ha pisado,» dicen los Arabes. Y en efecto, no brotó más; de modo que en el curso de otro capítulo veremos cuán grande fué la decadencia en que cayó luego el antiguo imperio de los Arabes, gobernado por sus nuevos señores.



## LIBRO TERCERO

### EL IMPERIO DE LOS ÁRABES

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### LOS ÁRABES EN SIRIA

###### I

###### DIVERSIDAD DE LOS CENTROS QUE LOS ÁRABES ENCONTRARON

Al dedicar este y los capítulos siguientes al estudio de los Arabes en los diferentes países que ocuparon, queremos ante todo dar una idea general de su civilización, y mostrar su influencia en los pueblos con los cuales se hallaron en contacto, como también la que estos tuvieron sobre ellos; sirviéndonos para todo esto del examen de las obras que los Arabes dejaron en cada comarca. Después de este cuadro de conjunto, nos será más fácil en seguida ocuparnos en los demás capítulos de cada uno de los variados elementos cuya reunión lo constituyó.

Cuando los Arabes se establecieron en las diferentes regiones de Asia, Africa y Europa de que formaron su gigantesco imperio, se hallaron con pueblos que vivían bajo todos los grados de la civilización, desde la semi-barbarie, como ciertas comarcas de Africa, hasta la civilización greco-latina más avanzada, como Siria.

Así pues, las condiciones de existencia á que los Arabes estuvieron sometidos, fueron muy diferentes, según las localidades; y por consi-

guiente debemos suponer que su civilización se elevó en estos diferentes centros á diverso nivel.

Tal es precisamente lo que nos enseña la historia de la civilización árabe, así que la examinamos en sus detalles. Esta civilización, que duró ocho siglos, y de la que nos hablan los historiadores como de un solo pueblo y de una sola época, consta de fases muy diferentes; pues lo mismo la arquitectura y literatura, que las ciencias, la filosofía y hasta la religión tuvieron en aquellas comarcas unas evoluciones notablemente diferentes. Como la religión y la lengua eran semejantes, los Arabes de las diversas comarcas tuvieron un fondo común idéntico; pero no cabe decir lo mismo de la civilización de cada país sometido á la ley de Mahoma, del mismo modo que no cabe confundir la civilización de la Edad media con la del Renacimiento, ó con la de los tiempos moderados entre las naciones cristianas.

###### II

###### ESTABLECIMIENTO DE LOS ÁRABES EN SIRIA

Cuando los Arabes aparecieron en Siria, esta rica comarca era romana hacía unos siete siglos.

La narración de las primeras luchas que fueron causa de su conquista es bastante oscu-

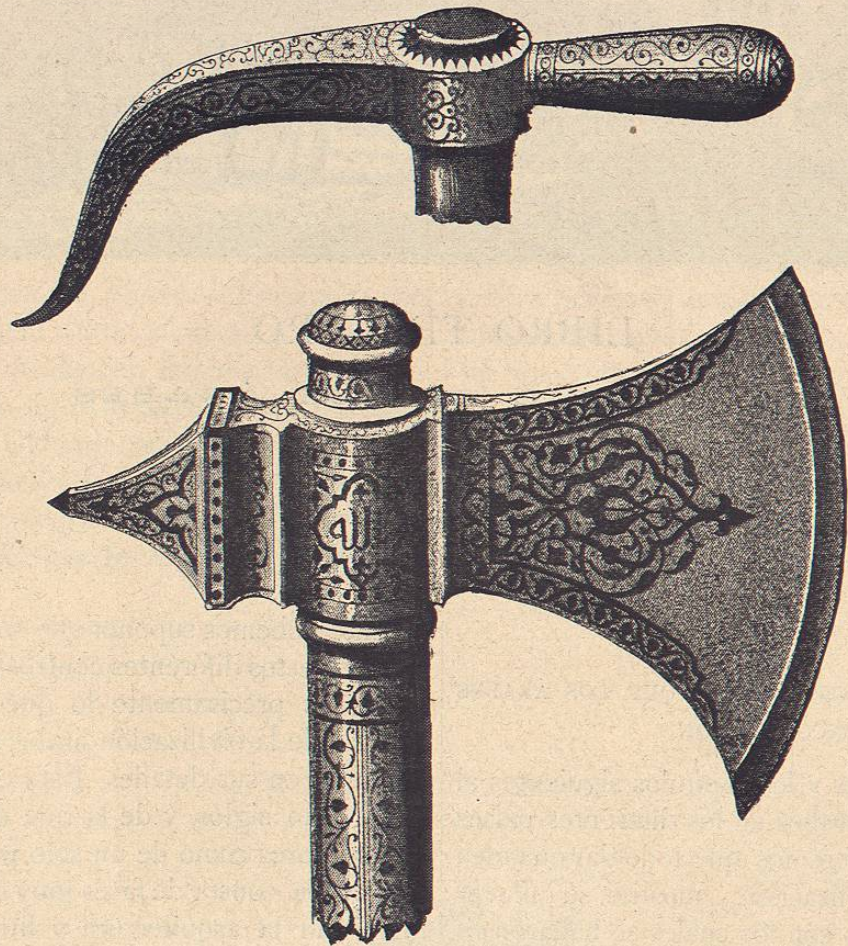


ra, pues los cronistas árabes, como por ejemplo Wakedi, á quien se sigue generalmente, dan de este período unos datos demasiado novelescos para concederles mucha confianza. Según nos asegura, en cada guerra suya los Arabes llevaron á cabo hazañas dignas de los héroes de Homero, llegando las mismas mujeres á distinguirse por su valor en los combates. En cuanto á los historiadores bizantinos, guardan pru-

dente silencio acerca de una conquista tan humillante para el poderoso imperio de Constantinopla.

Cualesquiera que sean los detalles de la conquista de Siria, es lo cierto que después de una serie de combates, en los cuales los triunfos anduvieron en un principio mezclados con las derrotas, la comarca quedó del todo sometida.

Una de las primeras y más importantes con-



Hachas de armas de un príncipe árabe de Egipto

quistas de los Arabes en Siria fué la ciudad de Damasco, cuya célebre población debía muy pronto, bajo los primeros califas Ommíadas, despojar á Medina de su título de capital del imperio.

En el año décimotercero de la hégira (634 de J. C.), y el mismo día de la muerte del califa Abu Bekr, primer sucesor de Mahoma, los Arabes se apoderaron de Damasco. «Adiós, Siria!» exclamó el emperador Heraclio al saber esta pérdida.

En efecto, la Siria estaba perdida; y después de la batalla de Yarmuk, que duró tres días, y en la cual quedaron los Bizantinos derrotados, los Arabes se apoderaron sucesivamente de todas las ciudades de Siria, como Palmira, Baalbeck, Antioquía, Tiberiades, Naplusa, Je-

rusalén, Tiro, Trípoli, etc., las cuales cayeron en sus manos; en términos que el emperador tuvo que evacuar la Siria.

Entre las ciudades de que se apoderaron los Arabes, Jerusalén fué aquella cuya toma produjo más resonancia, pues los discípulos del profeta daban mucha importancia á la posesión de esta ciudad, que era tan sagrada para ellos como para los mismos cristianos. En efecto, Jerusalén había visto morir á Jesús, uno de los más grandes profetas del islamismo, y guardaba en su recinto la famosa roca desde la cual Mahoma había partido para el cielo.

El ataque de la ciudad por los Arabes fué tan enérgico como la defensa de los cristianos, quienes estimulados por el patriarca Sofronio, disputaron vigorosamente el sepulcro de Cristo.

Pero después de cuatro meses de sitio, Sofronio debió capitular, y lo hizo poniendo por condición que la ciudad se rendiría al califa Omar en persona, lo cual los sitiadores aceptaron. Salió pues Omar de Medina, casi solo, montado en un camello, y sin otros bagajes que un odre de agua y un saco de cebada, de arroz y frutas secas, y caminó día y noche para llegar á Jerusalén. Introducido en la ciudad, mostró la

mayor tolerancia con los habitantes, les dejó su religión, sus usos y sus bienes, y no les impuso más que un ligero tributo.

Los Arabes tuvieron la misma tolerancia con todas las ciudades de Siria; por cuyo motivo los habitantes aceptaron luego con gusto su dominio; de modo que hasta la mayor parte llegó á renunciar al cristianismo, y adoptar la religión de sus conquistadores, como también su



Casco de un príncipe árabe de Egipto (estilo persa-árabe)

lengua. Desde esta época la Siria ha cambiado varias veces de señores; pero hoy en día la lengua y religión de los Arabes viven tan poderosamente allí, como en los primeros tiempos de la conquista de estos.

Las repetidas derrotas de los Bizantinos en Siria habían acabado por inspirar á estos un terror profundo, y los Arabes los trataban con verdadero desprecio, como puede juzgarse por la carta siguiente que Omar escribió un día al emperador, reclamándole uno de sus generales, que había caído prisionero en un encuentro.

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Alabanza á Dios, señor de los mundos. Que la bendición de Dios esté sobre su profeta. El servidor de Dios Omar, á Heraclio,

emperador de los Griegos. Así que recibáis esta carta, no dejéis de enviarme el prisionero musulmán que está cerca de vos, y que se llama Abd-Allah-Ebn-Hodafah. Si de este modo lo hacéis, tengo la esperanza de que Dios os llevará por el buen camino. Pero si lo rehusáis, procuraré enviar contra vos á gente que no se deja separar del camino de Dios por los negocios, ni por las mercancías. Que la salud y la felicidad estén con aquel que va por el buen camino.»

Lejos de indignarse de esta dura epístola, el emperador devolvió el prisionero, y le entregó importantes regalos para el califa. Sin embargo, los señores de Constantinopla descendían de aquellos temibles guerreros que antiguamente conquistaron el mundo; pero los sentimientos



que formaron la grandeza de estos habían ya desaparecido mucho tiempo hacía.

Cuando la conquista de Siria estuvo del todo terminada, Omar regresó á Medina, organizó su nuevo imperio, y dejó á sus generales el cuidado de extender sus conquistas. Tales y tantas eran las riquezas tomadas á los Griegos y á los Persas, que hizo distribuir á sus compañeros pensiones anuales que variaban entre mil y

cinco mil dirrhems, según los años de servicio de cada uno.

## III

## CIVILIZACIÓN DE SIRIA, BAJO EL DOMINIO DE LOS ÁRABES

Una vez gobernada por los Arabes, la Siria volvió á tener una prosperidad de que careciera



Las ruinas de Balbeck

desde mucho tiempo; llegando á ser bajo los Ommíadas y los Abbasidas uno de los países donde la civilización alcanzó más alto punto. Los nuevos señores trataban á los vencidos muy equitativamente, dejándoles la más completa libertad religiosa; á favor de cuya benevolencia, los obispos griegos y latinos disfrutaban de una paz que antes no habían tenido; todas las grandes ciudades de Siria, como Jerusalén, Tiro, Sidón, y Damasco, volvieron luego á ser florecientes, y la industria y la agricultura prosperaron en gran manera.

La Siria ha sido siempre una de las tierras más fecundas del mundo, mientras los hombres no la han asolado. Antiguamente los campos producían allí, casi sin cultivo, trigo, algodón, cebada, arroz, morales, olivos, naranjos y limoneros, viéndose al mismo tiempo cubiertas las montañas del Líbano de los árboles más preciosos, como plátanos, encinas, sicomoros etc.; en

términos que sin los hombres este antiguo foco de tantas luchas sería un verdadero paraíso terrenal, justificando su título de «tierra prometida» de los hebreos. Era un país maravilloso, donde al decir de un poeta árabe, «cada montaña tiene el invierno en la cabeza, la primavera en los hombros y el otoño en su seno, mientras el verano duerme negligentemente en su falda.»

Las pruebas del estado de civilización de Siria en tiempo de los Arabes están basadas en los relatos de los escritores y en aquellos monumentos que todavía subsisten.

Las relaciones de los historiadores demuestran que así que la conquista terminó, la civilización tomó rápido vuelo, y los Arabes se apasionaron en seguida tanto por los escritores griegos y latinos, como lo estaban ya por las batallas. Multiplicaron las escuelas en todas partes; y no tardaron en pasar de discípulos á

## IV

## MONUMENTOS DEJADOS POR LOS ÁRABES EN SIRIA

Aunque no sean estos numerosos, como son antiguos, y muy notables, su estudio es interesantísimo.

Hemos demostrado que antes de Mahoma, poseían ciudades importantes, y que el famoso templo de la Meca, donde figuraban más de trescientas estatuas de dioses, era muy anterior al islamismo. Ignoramos por desgracia lo que venía á ser esta arquitectura; pues la mezquita de la Meca, que es el único monumento importante actualmente conocido, de la antigua Arabia, ha sido tan restaurado, que sería difícil calcular lo que antes era; siendo lo único que probablemente cabe indicar, que se respetó su primitiva disposición.

Sea como fuere, es indudable que los monumentos árabes de los primeros tiempos del islamismo no fueron construídos por los Arabes, los cuales hicieron ejecutar por los obreros de los países donde mandaban, las modificaciones que primero hicieron en las iglesias para adaptarlas á su culto, y los monumentos que levantaron luego con los restos de estas mismas iglesias. Los Arabes tuvieron sobre todo lugar de servir en Siria de los trabajadores persas y bizantinos, mientras que ellos mismos se instruían.

En efecto, en los primeros tiempos de la conquista hallábanse los Arabes, con respeto á los arquitectos extranjeros, en la situación de un rico particular que hace construir á su costa una obra cualquiera; en cuyo caso, sea cual fuere el arquitecto empleado, el edificio llevará las huellas del gusto de su propietario. Los arquitectos bizantinos debieron naturalmente seguir el gusto de los Arabes; y desde los primeros monumentos que construyeron, la influencia

honrada, harían de esta región una Siria tan productora como las más ricas comarcas de Europa. El trigo, el moral y el olivo prosperan admirablemente, y casi sin cultivo; pues para dar una idea de lo que la tierra podría producir citaré el caso siguiente, que supe en aquellos mismos puntos. Unos cuarenta años atrás ciertos industriales tuvieron la idea de emprender en Jafa y Sidón varias explotaciones de naranjos, y hoy día son estos una de las riquezas del país. Jafa posee cerca de 350 huertos, que contienen de 2 á 3,000 naranjos cada uno; el precio de cada huerto es de 40 á 50,000 francos; y su renta varía entre 4 y 5,000 francos anuales. Las naranjas, que son de un tamaño enorme, se exportan á Turquía, Egipto y Europa, siendo su precio en venta de 40 francos el millar. Nada demostrará mejor la extensión que podría tener esta industria que lo siguiente: las tierras aptas para el cultivo del naranjo, pero aun no plantadas, valen 12,000 francos el acre en las cercanías de Jafa, y tan sólo algunos francos á dos ó tres horas de la ciudad. Con unos trabajos de riego sencillísimos, muy fáciles de practicar habiendo el agua de Auldjé, serían aptas para el mismo plantío tierras que hoy están abandonadas.

maestros, cultivando brillantemente las ciencias, la poesía y las bellas artes.

Continuó la prosperidad de Siria hasta que empezaron las divisiones que desmoronaron el imperio de los califas. Pero aunque entonces comenzó á decaer, no llegó á perderse del todo sino cuando la comarca cayó en manos del Turco. Entonces la ruina fué completa; y la mayor parte de las maravillas del lujo, de las artes y de la industria, que los Arabes acumularan, desapareció; antiguas metrópolis, como Tiro y Sidón, quedaron reducidas á miserables aldeas; las montañas perdieron su arbolado y sus plantíos; las campiñas, antes tan pobladas, quedaron desiertas; y en estos lugares, que fueron tan fértiles, la yerba no ha brotado más desde que la mano de los Turcos ha pesado sobre ellos. «En vano, escribe Mr. David en su historia de la Siria, la civilización de los califas había acumulado en dos siglos tantas maravillas como los Griegos y Romanos: una arquitectura deliciosa, un lujo deslumbrador, una lengua pintoresca, una gramática de lógica perfecta, una poesía de elocuencia magistral: en vano Damasco templaba sus aceros más finos, en vano Alepo hilaba sus sedas más brillantes; en vano el Horán veía cómo sus colinas recobraban sus adornos, sus árboles, sus frutos de oro, su población, y su industriosa actividad; pues las hordas caucásicas, más ignorantes, más feroces, más avidas que todos los antiguos conquistadores, incendiaron sin remordimiento los monumentos del arte y de la ciencia, destruyeron las fábricas, degollaron á los trabajadores, y pulverizaron lo que no podían llevarse.»

Hoy en día la Siria no es otra cosa que una tierra desolada y estéril, cuya excesiva falta de vegetación me sorprendió vivamente al visitar el país. Diríase que esa tierra, en otros tiempos tan fértil, ha llegado á ser tan pobre, que ni capaz es de producir algunas yerbas. He recorrido ese largo camino que va de Beyruth á Damasco, sin hallar indicios de vegetación sino á las puertas mismas de las ciudades. El Líbano y Ante-Líbano no son más que masas de rocas absolutamente peladas; y á las mismas puertas de Jerusalén la desolación no es menos grande: en todas partes piedras y rocas; en ninguna, yerba (1).

(1) El estado miserable de la Siria procede de diferentes causas, entre las cuales debe ponerse en primer término la sequedad que han producido las talas de bosques, las rapiñas de los beduinos y sobre todo las exacciones de los bajás. Sabiendo los labradores que les robarán la más ligera ganancia que hagan, renuncian á toda labor. Pero algunos capitales, protegidos por una administración no más que medianamente